

# LA VÍA ITALIANA AL EUROCOMUNISMO. UNA REFLEXIÓN SOBRE PCI Y CULTURA DE GOBIERNO

*Andrea Guiso*  
Università La Sapienza

Historia y antropología del PCI berlingueriano: consideraciones sobre una década de estudios

El discurso historiográfico sobre el Partido Comunista Italiano (PCI) durante la fase del liderazgo de Berlinguer ha avanzado recientemente de manera decisiva en Italia. En los últimos años, nuevas evidencias documentales han permitido verificar hipótesis interpretativas que, hasta ese momento, habían sido fruto, sobre todo, de las polémicas políticas acerca de la relación entre PCI y modernización, o de un debate cultural dominado ampliamente por los problemas ligados a la construcción de una izquierda de gobierno. Sin embargo, para el historiador, aquella experiencia política sigue siendo una cuestión abierta.

De hecho, en sustancia, las nuevas aportaciones proponen, aunque de manera más articulada y problemática, las dos clásicas y antitéticas lecturas de la controvertida etapa berlingueriana: la que se puede definir como una «historia de los profetas», y la que podría denominarse como una «historiografía de los límites». La primera ha buscado en la «cuestión moral» y en la obstinada reafirmación de una «diversidad ontológica» del PCI respecto a los otros partidos la única salida a la crisis italiana de los años setenta.<sup>1</sup> El PCI, según esta corriente interpretativa, ha formado parte integrante de una historia italiana leída en términos «excepcionalis-

tas», como «anomalía virtuosa» o, si se prefiere, como «tercera vía» capaz de señalar un modelo de desarrollo democrático diferente respecto al capitalismo occidental o al comunismo soviético. La «historiografía de los límites», en cambio, ha sido muy crítica respecto a la capacidad de aquel partido de adquirir un perfil plenamente reformista, y ha subrayado la importancia de los factores culturales para explicar la crisis del comunismo italiano y las dificultades del PCI a la hora de hacer frente a los desafíos impuestos por los radicales cambios políticos, estructurales y sociales surgidos a lo largo de los años setenta y los primeros ochenta.<sup>2</sup>

Estas dos lecturas todavía siguen alimentando dos interpretaciones antitéticas de la reciente historia republicana y dos visiones opuestas de la izquierda italiana. Sin embargo, ambas muestran cómo la experiencia berlingueriana ha representado un intento ecléctico y extremo de regenerar la idea comunista y el comunismo como «cultura de la revolución». De esto se deriva una consideración de carácter más general relativa a la importancia que el tema de la identidad adquiere en la política comunista, tanto en Italia como en los restantes países. Esta consideración puede ser reformulada en los siguientes términos: no se puede hacer una historia política del comunismo sin hacer al mismo tiempo una historia antropológica.

Para comprender plenamente la fuerza de los vínculos de identidad que han impregnado la política del PCI puede ser útil hacer referencia a la noción de «memoria cultural», introducida por la sociología cultural y aplicada al estudio de las civilizaciones antiguas. Memoria cultural entendida como una estructura conectiva que actúa, según Jan Assman, instituyendo enlaces y vínculos en el interior de dos dimensiones diferentes, la social y la temporal, conectando a las personas y creando, en cuanto universo simbólico, un espacio común de experiencias, acciones y expectativas. Un espacio que produce confianza y orientación y enlaza el pasado con el presente, modelando y manteniendo actuales todos los recuerdos y las experiencias fundacionales e incluyendo las imágenes y las historias de otros tiempos en «el horizonte progresivo del presente». La memoria cultural desempeña así dos funciones esenciales, la normativa y la narrativa, y establece los fundamentos de la pertenencia y de la identidad, permitiendo al individuo decir «nosotros».<sup>3</sup>

La reelaboración por el PCI berlingueriano de estos fundamentos, a partir de la puesta en discusión de la centralidad de la política del estado soviético, ha cargado aún más de importancia el estudio y análisis de la clásica relación entre la dimensión nacional y la internacional del comunismo.<sup>4</sup> Sin embargo, los estudios recientes más importantes y documentados han escindido la dimensión de la estrategia política nacional de la reformulación contextual del «vínculo externo», considerando los dos ámbitos como distintos y casi no comunicantes.<sup>5</sup>

La clave de lectura que aquí intentaremos proponer, sin pretensiones de exhaustividad, se deriva de la siguiente consideración de carácter más general: el «desafío de gobierno» y la sedimentación cultural que lo sostiene adquieren especial relevancia durante las fases de gran transformación de los equilibrios estructurales de la sociedad y de las relaciones de interdependencia supranacional. En este sentido, los años setenta representaron un reto que las culturas políticas, las instituciones y las fuerzas organiza-

das tuvieron necesariamente que afrontar. El enfoque del análisis, por lo tanto, debe centrarse en el problema de qué ha representado para la historia de la República italiana y de sus instituciones políticas *la relación entre el PCI y la función de gobierno*, en un contexto dominado por la transición hacia nuevos equilibrios y reglas del orden político y económico internacional.

El cierre del ciclo reformista del centro-izquierda y la apertura de una nueva etapa marcada finalmente no por la *conventio ad excludendum*, sino por la *conventio ad includendum* del PCI en el proceso de formación de las líneas políticas nacionales representaron, bajo este punto de vista, un experimento decisivo para una partida mucho más amplia que se estaba jugando a nivel planetario en las relaciones entre economías nacionales, mercados internacionales y políticas de potencias tradicionales. Berlinguer tuvo el mérito de conducir el PCI a la cita con la historia, gracias a una profunda y ambiciosa revisión de la doctrina comunista y de sus consignas. Fue una revisión tan profunda y ambiciosa que puso en discusión la propia naturaleza del nexo «nacional-internacional» plasmado en el contexto del internacionalismo bolchevique y de la Guerra Fría.

Eurocomunismo y compromiso histórico marcaron efectivamente una profunda ruptura con el planteamiento tradicional del «vínculo externo» y de la relación «centro-periferia» que había determinado toda la estrategia política del comunismo italiano hasta el liderazgo de Longo.<sup>6</sup> Fue Berlinguer quien puso en juego estos valores, considerando Europa como un terreno fundamental que podía permitir la convergencia de la iniciativa de los partidos comunistas en una «posición distinta, pero no antagónica, respecto a la socialdemócrata».<sup>7</sup> Se puso así de relieve la cuestión del «comunismo de gobierno», aunque en términos menos lineales y seguros respecto al planteamiento dado al problema por Giorgio Amendola a mitad de los años sesenta.

El enfoque de Amendola prefiguraba una variante en el interior del paradigma togliatiano de la «renovación en la continuidad». Según

Amendola, la elaboración de una vocación de gobierno por el PCI no implicaba abandonos traumáticos de irrevocables principios organizativos y de identidad: asumía de hecho formas estalinistas, sobre todo a través de la defensa intransigente del vínculo con la Unión Soviética, considerado como el principio de orden de la política de los comunistas.<sup>8</sup>

Con Berlinguer, en cambio, el vínculo externo empezó a difuminarse en el marco de una visión del escenario internacional más fragmentada, que ya no se centraba en la noción rígida de bloque y en una dicotomía de tipo clasista. Europa adquiriría para Berlinguer una importancia central, como catalizador de procesos orientados a una transformación profunda del sistema existente y de la estructura capitalista de la sociedad occidental. Pero la reconceptualización positiva de Europa, antes condenada como producto del capitalismo monopolista y ahora magnificada como cuna de una revolución pacífica hacia el socialismo —un socialismo «diferente», ni de tipo soviético ni paleo-reformista— evidenciaba la persistencia de una concepción profunda de la identidad del comunismo como cultura de la regeneración, que transfiguraba totalmente la propia idea de Europa en sentido antiamericano y anticapitalista.

La lectura de las profundas mutaciones debidas a la disgregación del sistema de Bretton Woods, que había regulado el crecimiento occidental en la «larga posguerra» en un marco de interdependencia y estabilidad política,<sup>9</sup> revelaban además la persistencia en el ADN ideológico del PCI de una visión catastrófica del capitalismo. Este factor hizo que durante mucho tiempo el PCI se mantuviera culturalmente impermeable a los problemas ligados a la reestructuración de las economías de mercado y a la reconfiguración del papel de Europa en los escenarios abiertos por la internacionalización de los mercados financieros, la crisis petrolera y la creciente interdependencia macroeconómica entre las políticas estatales.<sup>10</sup> Problemas que estaban cada día más en el centro de los

esfuerzos conjuntos de los gobiernos europeos, dirigidos a establecer formas de integración de las políticas públicas y macroeconómicas de la Comunidad.<sup>11</sup>

Para comprender plenamente el contexto en que se desarrolló el eurocomunismo del PCI, hay que considerar también la «cultura de gobierno» que había madurado en la clase política y dirigente italiana y sus repercusiones a nivel económico-financiero. Estamos hablando de aquella cultura política «asociativa» ampliamente institucionalizada ya a comienzos de los setenta, que habría permitido al PCI replantear de manera original el problema del «vínculo externo» influyendo en el gasto público, la redistribución fiscal de los recursos y la aplicación de un modelo integral de democracia redistributiva con base asamblearia, descentralizada y corporativa.<sup>12</sup>

En este sentido se puede avanzar la hipótesis de que la ruptura del «vínculo externo», que había determinado la *conventio ad excludendum* en los enfrentamientos de los comunistas, fue concebida coherentemente por el PCI no como una improbable subversión de las alianzas internacionales, sino a través de una práctica «autárquica» de redistribución de los recursos estatales y de la deuda estructural, ya entonces en claro contraste con los esfuerzos de saneamiento de los presupuestos estatales, necesarios para relanzar la competitividad europea en los nuevos escenarios abiertos por la globalización; y la de que, a medio o largo plazo, condujo a un empeoramiento de la situación del déficit y de la deuda pública del país. Las dos partes siguientes analizarán estas cuestiones centrándose, la primera, en la génesis y evolución de la idea de Europa en el PCI en el contexto de las mutaciones culturales y estructurales del poder mundial, intentando evidenciar cómo esa idea se convirtió en una «ideología de reemplazo», para sustituir la decreciente ligazón con la URSS; la segunda se centrará en la reelaboración del «vínculo externo» mediante la palanca del gasto público y de la cultura «asociativa» de gobierno, intentando

aclarar cómo la cultura de gobierno comunista fue ajena a los fundamentos ideales y estructurales del proceso de integración comunitaria.

### La Europa del PCI: semántica histórica de una nueva religión política

La atención del Partido Comunista Italiano hacia Europa constituía, al menos en parte, el reflejo de una evolución interna del partido.<sup>14</sup> Ya desde el final de los cincuenta había empezado a manifestarse en los sectores más «modernizadores» del partido una creciente propensión a encarar la realidad objetiva del proceso de integración europea. Alrededor de las posiciones más innovadoras del sindicato, sostenidas sobre todo por Silvio Trentin y Vittorio Foa,<sup>15</sup> se habían desarrollado en aquellos años los análisis de las Camere del Lavoro y de los intelectuales-técnicos como Silvio Leonardi, Luciano Barca, Peggio, Manzocchi, Spesso, Romagnoli, Grano.<sup>16</sup>

Con estas premisas se puso en marcha un debate cuyos primeros frutos significativos fueron dos congresos organizados por el Istituto Gramsci en 1962 y en 1965, dedicados respectivamente a las *Tendencias fundamentales del capitalismo italiano* y a las *Tendencias fundamentales del capitalismo europeo*, y entrelazados con las posturas que había ido asumiendo Giorgio Amendola acerca del tema de una izquierda europea de gobierno ampliada a los PPCC.<sup>17</sup> A pesar del carácter novedoso representado por la entrada del tema del europeísmo en el seno del PCI, las posturas comunistas no iban todavía más allá de los tradicionales axiomas anticapitalistas de la polémica contra la «Europa de los monopolios».

Efectivamente, en su elaboración estratégica, el PCI siguió privilegiando un enfoque de la integración europea de tipo esencialmente ideológico: la intención de contribuir a la gestación de una Europa que fuera una «tercera fuerza», en realidad no implicaba el abandono del anti-imperialismo/antiamericanismo como elemento

preponderante y estructural de la cultura de la política internacional del partido.<sup>18</sup> Estas viejas actitudes iban a insertarse en el núcleo de una estrategia que los comunistas italianos querían hacer más permeable a la complejidad asumida por el sistema político de la Guerra Fría en la primera mitad de los sesenta. Un sistema que la dirección del PCI consideraba cada día menos aprehensible en una rígida lectura dicotómica:

La coexistencia —había declarado Luigi Longo a la dirección el 30 de marzo de 1965— ha nacido de un estado de necesidad creado por el poder destructivo atómico. Esta condición no ha cambiado. Pero se ha ido debilitando la condición estratégica que delegaba la coexistencia sobre todo al encuentro entre URSS y EE UU en calidad de representantes de los dos campos. Hoy en día, ni la política de EE UU ni la de la URSS representa plenamente la política de cada campo.<sup>19</sup>

Fue durante el liderazgo de Longo cuando el secretario general, con la aportación decisiva de Berlinguer, reformuló el compromiso, cada día más frágil, entre la tradición unitaria del bolchevismo internacional, que aparecía ya en crisis, y la elaboración de una perspectiva que justo entonces estaba tomando cuerpo, es decir, «la superación de la lógica de los bloques». Las raíces del europeísmo del PCI, por lo tanto, se fundaban en la percepción de una dinámica multipolar del poder que, pese a todo, la dirección del partido no dudó en interpretar mediante la utilización del imperialismo como categoría fundamental para explicar las relaciones y tensiones entre los Estados del Occidente capitalista.<sup>20</sup>

A contener el análisis de los comunistas en este dispositivo teórico contribuyó de manera decisiva el contexto histórico caracterizado por la primera crisis seria de las relaciones entre Estados Unidos y Europa, madurada entre la segunda mitad de los sesenta, en el marco de las repercusiones políticas e ideológico-culturales de la descolonización y de la crisis del Vietnam, y la primera mitad de la década siguiente, en un escenario caracterizado por la decisión estadounidense de suspender la convertibilidad

del dólar y poner fin al sistema de cambios fijos nacido en Bretton Woods.<sup>21</sup>

La crisis del sureste asiático dejó vislumbrar al PCI la posibilidad de desempeñar un papel internacional inédito, como interlocutor privilegiado de un posible «gobierno en la sombra» de la política exterior italiana, especialmente de aquellos sectores laicos y católicos que preferían superar el esquema bipolar y los rígidos vínculos que éste imponía también a la política nacional.<sup>22</sup> La escalada de la guerra de Vietnam en el contexto más general de la descolonización y la posibilidad, real o sobrevalorada, de que el PCI ejerciera una función de mediación entre las intrincadas diplomacias paralelas de los dos bloques (véase por ejemplo la visita de Berlinguer a Hanoi),<sup>23</sup> animó la búsqueda de una política antiimperialista y antiamericana más articulada y policéntrica.<sup>24</sup>

Cabe observar que ya entonces se echaban en falta muchas de las bases de la vieja «lucha por la paz» de impronta estalinista. Este concepto, claro producto de la cultura clausewitziana presente en la tradición bolchevique internacional, se podía considerar al final de los sesenta como un residuo del pasado. La descomposición del viejo marco ideológico marxista-leninista, cuyos síntomas habían aparecido a mediados de la década, había contribuido a modificar la propia naturaleza del antiimperialismo como doctrina política de las relaciones entre estados. Este principio ideológico fue perdiendo su estatus tradicional, basado en la naturaleza esencialmente «política» de la guerra, para transformarse en una prerrogativa moral acerca de la naturaleza del poder, que no habría permitido más distinciones entre las dos superpotencias.<sup>25</sup> Estaba llegando el momento de «romper las cadenas de Yalta».<sup>26</sup>

La crisis checoslovaca aceleró esta dinámica, empujando a Berlinguer y su equipo dirigente hacia una reflexión estratégica que anticipaba el tema de la crisis del modelo soviético como un problema de naturaleza política,<sup>27</sup> inscribiendo-

lo, sin embargo, en el horizonte de su necesaria «reforma» y, por lo tanto, de un diseño global de regeneración del comunismo como alternativa radical a la sociedad capitalista. Empezaba así un proceso de atenuación del tradicional vínculo internacional del PCI que, de todas formas, la dirección del partido evitó que llegara hasta las últimas consecuencias, es decir, a la ruptura.<sup>28</sup>

Dentro de este marco conceptual y operativo, la idea de una Europa como sujeto autónomo y dinámico en el sistema político internacional resultaba un cuerpo ajeno. De hecho, la dirección brezhneviana excluía la idea de la distensión como dinámica de co-participación de actores regionales. La fricción del PCI con los soviéticos, por lo tanto, dependía de las diferentes visiones del significado que se debía atribuir al proceso de distensión y al papel que dentro de dicho proceso podía desempeñar un tercer polo europeo, en el que podía desarrollarse un poder autónomo de iniciativa de los partidos comunistas occidentales. La expansión tentacular e irrefrenable del PCI en la sociedad y en el tejido institucional de Italia, un país fundamental de la Alianza Atlántica y de la Comunidad Europea,<sup>29</sup> hacía apremiante el problema de la definición de un nuevo paradigma de política exterior congruente con la reivindicación de participación gubernamental que se derivaba inevitablemente de estos hechos y reflexiones.

Ante estos escenarios hipotéticos, la política del PCI manifestó una tensión irresuelta, debida a la simultánea presencia en su estrategia internacional de dos visiones opuestas de naturaleza intelectual. La primera, sostenida con diferentes matices por destacados dirigentes e intelectuales como Bufalini, Segre, Napolitano y Somaini, se inscribía en la corriente de la tradición togliatiana y, evocando un paradigma de realismo político, se demostraba propensa a asumir el bipolarismo como dato constitutivo y elemento duradero del escenario internacional. En cambio la segunda, sostenida fuertemente por los exponentes más influyentes del área católico-comunista como Franco Rodano y Antonio Tatò, se

inspiraba en una visión «idealista» de la historia y atribuía al PCI la enorme tarea de regenerar el comunismo moralmente, ideológicamente y en su propuesta política.<sup>30</sup> Esta visión, como había intuido el filósofo Augusto Del Noce, retomaba elementos propios de la tradición cultural que remontaba al mito giobertiano de la «primacía» italiana, y los amalgamaba en una nueva mezcla teórica que llegará a tomar el nombre de euro-comunismo.<sup>31</sup>

Berlinguer no expresó una clara preferencia hacia ninguna de las dos opciones. Llevó adelante su diseño combinando un sentido realista, que se tradujo en la fórmula de una Europa «ni antisoviética, ni antiamericana» —es decir, en la aceptación de la OTAN y en la voluntad de contener el disenso con los soviéticos—, con reflexiones de alcance más amplio inspiradas por los vientos de la distensión y por la crisis orgánica de la República italiana. El rechazo berlingueriano a fundar el análisis de la realidad internacional en los tradicionales esquemas dicotómicos y clasistas, se conjugaba con el intento de salvaguardar la esencia palingénica del comunismo y de reproponer sus razones ideales y políticas en un contexto histórico en plena transformación. El diálogo entre el PCI y las socialdemocracias fue marcado así por un vicio de fondo que evidenciaba hasta qué punto estaba enraizada en Berlinguer la idea de una «diversidad ontológica» del comunismo.<sup>32</sup> Una postura, como han revelado los apuntes de Tatò,<sup>33</sup> el más cercano colaborador de Berlinguer, que se basaba en una lectura del Occidente capitalista todavía impregnada de catastrofismo, y en un juicio indulgente hacia el socialismo real, considerado como una barrera frente a las degeneraciones del capitalismo y del consumismo.

Estas sugerencias, cabe repetirlo, reelaboraban de manera unilateral elementos conflictivos de la dialéctica entre Europa y Estados Unidos surgidos en el marco de las profundas transformaciones experimentadas, al final de los sesenta, por la estructura del comercio internacional, por la percepción de los problemas ligados a

la seguridad y por el tipo de consideración de la naturaleza del poder y de las guerras. El desequilibrio de la balanza comercial y de la de pago estadounidense era leído por Washington como un elemento crítico para la relación estratégica entre Europa y EE UU y sus perspectivas a medio y largo plazo.<sup>34</sup> el crecimiento económico y comercial del viejo continente y del Japón representaban ahora un factor competitivo para la economía americana. Entre las dos orillas del Atlántico las relaciones se hacían más tensas, también porque el proceso de integración europea no se estaba configurando como un simple elemento orgánico de la Alianza Atlántica, sino como un verdadero modelo alternativo a la coalición entre Europa y EE UU, surgida en clave antisoviética.

De estas premisas nacía el mito, pronto asumido como una verdadera religión política, de una Europa «potencia civil» frente a unos Estados Unidos considerados como una «potencia indispensable» en el contexto del bipolarismo militarizado. La misión de esta Europa en el ámbito de las relaciones internacionales tenía que consistir en el desarrollo de una nueva cultura de la cooperación, de la interdependencia y de la multilateralidad, como alternativa radical a la lógica de la Guerra Fría y de la contención.<sup>35</sup>

Estas sugerencias fueron alimentadas por las profundas transformaciones que se produjeron, casi a nivel de inconsciente colectivo, acerca del problema de la seguridad en la época de las armas nucleares. Fue a través de la amenaza de una destrucción total de la humanidad como, y así lo había intuido Hannah Arendt en un profético ensayo de 1950, el «prejuicio contra la política» pudo radicalizarse y difundirse al nivel de la sensibilidad común,<sup>36</sup> entrelazándose con un tipo de pacifismo que aspiraba a una verdadera refundación ética de la política internacional.<sup>37</sup>

Las matrices «europeístas» se juntaron así con un antiamericanismo de ascendencias culturales remotas y ya desprovisto de aquella connotación instrumental ligada a la «lucha por la paz» de inspiración soviética.<sup>38</sup> Un antiameri-



canismo casi ontológico, distante del anti-mito difundido por la propaganda soviética durante los primeros años de la Guerra Fría. En aquel contexto, EE UU había sido un enemigo, pero al mismo tiempo también un modelo que se tenía que llegar a imitar en cuanto a niveles de crecimiento, abundancia y productividad.<sup>39</sup> Al final de los sesenta esta actitud ambigua de los comunistas italianos hacia la modernidad capitalista se había disuelto en una mezcla ideológica donde prevalecían los tonos antioccidentales y la crítica radical de los modelos consumistas, en una relación de fuerte ósmosis con las tesis del radicalismo evangélico y de la teología católica posconciliar. En el plano político las implicaciones de este nuevo «clima ético» eran notables, dado que contribuía a persuadir al PCI de que era efectivamente posible reelaborar el vínculo externo de la política interna italiana y modificar en profundidad su naturaleza y valor estratégico.

De estas premisas nació finalmente la conciliación de una necesaria soldadura entre el proyecto del «compromiso histórico» y el eurocomunismo como nueva forma de la política comunista en los países capitalistas de Occidente.<sup>40</sup> Este planteamiento suponía sin duda una ruptura con la tradicional noción comunista de «campo» y un contextual acercamiento a la perspectiva «europea» de la distensión trazada por la *Ostpolitik* de Willy Brandt,<sup>41</sup> sin embargo, cabe subrayar nuevamente que se apoyaba sustancialmente sobre una reducción ideológica, en clave prevalentemente neutralista y anticapitalista, de los procesos reales a través de los cuales, a comienzos de los setenta, estaba tomando forma la dialéctica entre Europa y Estados Unidos. Era un planteamiento que se fundaba en una falta de comprensión de la realidad histórica representada por la ligazón entre Europa y Estados Unidos, que a lo largo de las décadas había generado una amplia comunidad de valores, instituciones, experiencias y objetivos estratégicos que difícilmente podía sufrir cambios radicales en el contexto de la Guerra Fría.<sup>42</sup>

Los problemas del desarrollo y del creci-

miento en el ámbito de la economía globalizada, en efecto, no podían prescindir de la lógica de la seguridad y del equilibrio bipolar instaurada después de la II Guerra Mundial. Ésta era la conclusión sugerida por la cumbre de Puerto Rico de junio de 1976, que de hecho estableció una especie de tutoría internacional sobre las dinámicas internas de la política italiana y sobre la probable incipiente inserción del PCI en el área gubernamental.<sup>43</sup>

Además, como han observado varios autores, el análisis comunista de las profundas transformaciones que se estaban produciendo en la organización posfordista de las empresas y en el sistema monetario internacional era totalmente insuficiente.<sup>44</sup> ¿Tiene sentido hablar de «límites» desde el punto de vista historiográfico? La respuesta tiene que ser cauta. En efecto, aquel análisis proponía, con un discurso quizás menos explícito, una parafernalia ideológica anticapitalista madurada en el clima incandescente de los sesenta y en buena parte transversal a los partidos y a las diferentes áreas político-culturales.<sup>45</sup> La historia del reformismo italiano todavía tiene que ser escrita: sin embargo, las investigaciones más específicas realizadas hasta ahora no parecen desmentir la conclusión de un relevante desfase, en la larga posguerra, entre la experiencia italiana y la de las socialdemocracias contemporáneas europeas en cuanto a finalidades, contenidos e instrumentos de una política de concertación de apoyo al consenso, a la estabilidad política y al crecimiento económico.<sup>46</sup>

¿Eurocomunismo o vía autárquica al socialismo? La estrategia de debilitamiento del «vínculo externo» italiano mediante el endeudamiento y el gasto público

De hecho, en lugar de entrar en el mérito de las reformas y de los grandes proyectos de política económica, durante los sesenta el PCI consideró oportuno ver el reformismo del centro-izquierda como una fase de ampliación ulte-

rior del sistema político, propedéutica para la inclusión de los comunistas en el área de gobierno, según una lógica que todavía seguía ligada a la estrategia de la democracia progresiva elaborada por Stalin y Togliatti en los años treinta y cuarenta: por lo tanto, el problema gubernamental se configuraba esencialmente como el problema de la «legitimación de gobierno» y de la sustitución de la hegemonía moderada por una hegemonía de signo «democrático» organizada estructuralmente alrededor del Partido Comunista.

La idea seguía siendo la de dar forma a un régimen transitorio liderado por los tres grandes partidos populares (comunista, socialista y demócrata-cristiano), que desembocase en una duradera dirección política del Estado de signo comunista. Sin embargo, la propuesta del compromiso histórico postulaba la conquista de este resultado a través de una relación privilegiada con la Democracia Cristiana (DC), en un marco institucional que ya entonces se había configurado plenamente según esquemas asociativos y prácticas gubernamentales neocorporativas (mediante la reforma de los reglamentos parlamentarios y la creación de las regiones con un estatuto ordinario).<sup>47</sup>

La ausencia de una verdadera relación programática con los socialistas como alternativa de gobierno a la DC, que tenía que ser uno de los elementos determinantes de la estrategia eurocomunista, reflejaba un dato originario de la cultura de gobierno del PCI que ahora se esperaba concretar en un contexto más general de repliegue de la clase política, administrativa y productiva italiana hacia una línea autárquica de elaboración de las decisiones macroeconómicas, en función de la estabilidad social y política (punto único de contingencia y reforma de las pensiones).<sup>48</sup>

Así, la vía autárquica al socialismo tomaba cuerpo a través de un complejo conjunto de reformas y micromedidas dirigidas, en sustancia, a ampliar las bases del consenso social mediante el gasto público y la descentralización, en la línea de una antigua vocación «panadministrativa» del

sistema político italiano (verdadero hilo conductor de la experiencia institucional de la Italia unida).

Con respecto a estas dinámicas concretas, el eurocomunismo estaba destinado a asumir un carácter preeminentemente retórico-enunciativo de escenarios y procesos históricos de largo alcance que, sin embargo, no encontraban correspondencia ni elaboración congruente en el plano político concreto. La creación en Europa de un terreno de convergencia para las fuerzas históricas de la izquierda, en el contexto del debilitamiento, aunque no la ruptura total, del vínculo con la URSS, acababa desempeñando sobre todo la función de una estrategia de legitimación del PCI, más que la de trazar una hipótesis de gobierno compatible con la necesidad de dar una respuesta urgente y concreta a una serie de cuestiones sumamente importantes concernientes al desarrollo, el crecimiento, la tutela de ciudadanos y trabajadores en el contexto de internacionalización de los mercados financieros y de la crisis fiscal del Estado.

La vía italiana al eurocomunismo se configuraba sustancialmente como una variante, ni oportuna ni premonitoria,<sup>49</sup> de las tradicionales estrategias keynesianas de carácter nacional, cada vez menos adecuadas para afrontar las consecuencias estructurales de la crisis del sistema económico internacional que había acompañado y dirigido el crecimiento y desarrollo de Occidente a través de la «larga posguerra». La compenetración entre eurocomunismo y compromiso histórico, por lo tanto, tenía atrás una cultura de gobierno en buena parte ajena a los problemas políticos y teóricos suscitados por la necesidad de redefinir el papel de Europa y de la izquierda reformista en el marco de la transformada relación entre las macroeconomías nacionales y las instituciones de la *governance* económica internacional.

Eso no es todo. En el Partido Comunista maduraba la convicción de que la especificidad de la vía italiana, y más en general europea, al socialismo consistía precisamente en la capa-



ciudad del país y de las fuerzas de gobierno de *resistir y sustraerse* lo más posible a la creciente internacionalización de las decisiones económicas y al papel ya preponderante desempeñado por los bancos centrales en el proceso de *governance* de los mercados. En el momento en que el PCI aceptaba asumir la responsabilidad de dar su apoyo a medidas coyunturales audaces e impopulares, orientadas hacia el sacrificio y el imperativo de la lucha contra la inflación, el partido terminaba por practicar su ambición hegemónica en un nuevo terreno estratégico, de forma patente mediante un intento de *rescisión por vía financiera* del «vínculo externo» que para el país se derivaba de su inserción en las principales instituciones económicas supranacionales, en primer lugar el FMI y la CEE.<sup>50</sup> De hecho, por lo menos hasta que el marco de la distensión se mostró sólido, el «vínculo externo» que según el PCI se tenía que eliminar necesaria y prioritariamente para consolidar la penetración y el enraizamiento comunista en la sociedad italiana no era el vínculo del partido con el socialismo real, sino el vínculo económico-financiero de Italia con los organismos capitalistas occidentales.

Las complejas vicisitudes de las negociaciones entre el Gobierno italiano y estas instituciones en 1977, con objeto de obtener ingentes préstamos internacionales para hacer frente al déficit de la balanza de pagos del país, revelaban las características de la cultura de gobierno «asociativo» con tendencias «autárquicas» que había sido elaborada por influyentes sectores de la clase dirigente italiana y que ahora aparecía consolidada: el PCI ya se adhería sin reservas, ante la perspectiva de poner en marcha profundas transformaciones de las estructuras socioeconómicas del país o, como afirmaban los documentos programáticos del partido, con el fin de introducir en la sociedad italiana «elementos de socialismo».<sup>51</sup> Así las cosas, la formalización de préstamos con el FMI y con socios de la CEE no podía carecer de un visible cariz político. De hecho, habría cundido el temor entre socios y aliados de Italia de que, sin esos préstamos, el

gobierno se habría encontrado en dificultades muy serias, superables sólo con una participación más directa de los comunistas en el poder.

Por un lado, los préstamos «estaban destinados a hacer más controlable [para los aliados] la evolución política italiana, consolidar las interdependencias entre Italia y los otros países occidentales, y promover una mayor conformidad de la política interior de Italia y la exterior con los fines comunes». Por otro lado, las condiciones que acompañaban esos préstamos, «mucho más rigurosas y detalladas que en pasado, parecían hacer finalmente ineludible la necesidad de adoptar medidas de saneamiento capaces de reducir a niveles razonables la inflación y la expansión del gasto público».<sup>52</sup> Sin embargo, ya poco tiempo después de la concesión de los préstamos, era evidente la falta de empeño de las fuerzas políticas y sociales italianas en la observancia de conductas que testimoniasen la capacidad del país de reformar las tendencias malsanas presentes en la economía y en las políticas públicas del país.

Durante los años de la llamada «solidaridad nacional», a menudo sin una *ratio* predeterminada, en el gobierno de la economía y en las políticas de gasto se superpusieron y entrelazaron tendencias contradictorias destinadas a respaldar una más general «política del consenso». Por un lado, con la complacencia del PCI, se desarrolló una línea gubernamental de «administración sin política» recurriendo, cada vez con más frecuencia, a «técnicos», en el intento de poner en marcha medidas de saneamiento eficaces. En efecto, en el primer Gobierno monocolor de Andreotti (1976-1978) fueron nombrados ministros de Comercio Exterior y de Tesorería, respectivamente, Rinaldo Ossola y Gaetano Stamatì, procedentes, el primero, del Banco de Italia y el segundo del Banco Comercial. Se ha observado que quizás no haya sido una simple casualidad que los primeros pasos de la «bancarización» del poder ejecutivo hayan coincidido con el primer Gobierno apoyado por el PCI.<sup>53</sup> A su vez, Guido Carli, exgobernador del

Banco de Italia, había sido elegido presidente de la Confindustria con la finalidad, según algunas voces del mundo de la industria, de «negociar la rendición con los comunistas», ¿o la devolución?<sup>54</sup>

Por otro lado, sin embargo, surgió una clara tendencia al aumento incontrolado del gasto público corriente y a su transformación en un componente rígido del presupuesto público: era el resultado de una política que tenía como finalidad no sólo respaldar el ciclo económico, sino también asegurar la estabilidad política del país mediante la expansión del gasto social. El PCI secundó estas tendencias contradictorias elaborando una línea de política económica deliberadamente ambigua, que resultaba rentable en términos electorales a corto plazo y, sobre todo, servía para evidenciar la concreta disponibilidad del partido para desempeñar el papel de «mediador» entre las instancias más radicales de la base sindical y el *establishment* empresarial, político y monetario del país. En esta ambigüedad se manifestaban las aporías irresueltas surgidas en el seno del partido con ocasión de la nueva coyuntura social y política abierta en el 68.

Estas aporías se remontaban esencialmente a dos tendencias opuestas que se habían delineado entonces en el partido. Una presionaba para que los comunistas desempeñasen con determinación su tradicional papel de dirigentes de las luchas obreras y sociales poniéndose a la cabeza de las masas, «para conducir las hacia un sistema en que se mezclaban formas de representación obrera dotadas de poder en los lugares de trabajo con una especie de jacobinismo asambleario en las instituciones republicanas». En cambio la otra, que tenía en Giorgio Amendola a su representante más prestigioso, se preocupaba de asegurar la consolidación de las bases de las conquistas reivindicativas de los movimientos de masas, dotándolas de un respaldo a nivel político mediante la formación inmediata de una «nueva mayoría» que incluyera a los comunistas<sup>55</sup> y, como prueba del carácter responsable

del PCI, se mostraba favorable a una «tregua social que permitiera cerrar las brechas económicas abiertas por un crecimiento tumultuoso».<sup>56</sup>

Ni una ni otra tendencia fueron seguidas con coherencia. Además, la de Amendola, que consideraba la «lucha contra la inflación» como el terreno principal donde el PCI podía acreditarse definitivamente como un miembro aceptable de la mayoría gubernamental y de una hipotética izquierda europea de gobierno, fue claramente derrotada y aislada durante una sesión del Comité Central del partido en el otoño de 1976. Finalmente, se decidió optar por una solución intermedia, que partía de la convicción cultural según la cual el saneamiento de la economía y las relacionadas políticas «coyunturales» constituían un interés prioritario para los trabajadores.

La «austeridad», consigna de Berlinguer, y sobre todo la *Proposta di progetto a medio termine per il rinnovamento e la trasformazione della società italiana*, elaborada bajo la dirección de Giorgio Napolitano, condensaron estas aporías fundamentales. Aporías que, a nivel macroeconómico, se tradujeron en una posibilidad de expansión del gasto social<sup>57</sup> que debía funcionar como oferta política alternativa a las subidas salariales; y que, dentro del contexto de la forma «asociativa» de gobierno donde esta acción tuvo que desarrollarse concretamente, acabó configurándose como un mecanismo omnívoro de adquisición del poder a través de la inflación y mediante ingentes transferencias monetarias del Estado a las entidades intermedias y locales (municipios, regiones, consorcios, unidades sanitarias locales, etc.).

Si por un lado, bajo este aspecto, se puede interpretar el ciclo de reformas realizadas gracias al apoyo de la fuerza parlamentaria del Partido Comunista como una integración, en el plano programático, del ciclo reformista del centro-izquierda de los primeros sesenta, por el otro hay que evidenciar que el imponente esfuerzo legislativo puesto en marcha en 1977-1978 acabó traduciéndose en un perfeccionamiento de los instrumentos y métodos de la política

«asociativa» delineados durante el ciclo abierto por el 68, con el trasfondo de los problemas relativos a la crisis de la participación y a la legitimación del sistema de los partidos.<sup>58</sup> En efecto, fue entonces cuando la institucionalización de una relación ambigua entre mayoría y oposición, unidas en el Parlamento cada día con más frecuencia en la aprobación de las leyes de gasto y en la financiación en déficit de la «virtuosa anomalía» italiana, recibió el impulso decisivo. Y fue de esta manera como el gasto global, que a principio de los setenta constituía el 36% del PIB, al final de la década había pasado a ser el 43%, a causa, sobre todo, de la expansión del gasto corriente.<sup>59</sup>

Si la finalidad del PCI era, en sentido gramsciano, lograr la hegemonía a través de la ampliación y la descentralización de la «participación democrática» *dentro de y mediante* el Estado, la manera en que fue desarrollada esta dinámica acabó reproduciendo y multiplicando a escala reducida la «clonación partidista de la democracia» que ya funcionaba a nivel parlamentario,<sup>60</sup> con consecuencias graves para la balanza de pago estatal. Dos leyes de la etapa de la llamada «solidaridad nacional» incidieron en esta dinámica de manera notable: fueron los llamados *Decretos Stammati*, aprobados en 1977 con el pleno acuerdo del «ministro sombra» del PCI Fernando Di Giulio,<sup>61</sup> con la finalidad de reducir las deudas de los municipios y disminuir el recurso de las entidades locales a deudas bancarias para financiar los gastos corrientes.<sup>62</sup> Semejante objetivo se fijó poniendo en marcha al criterio del «gasto histórico», es decir de la determinación de la repartición estatal a favor de las corporaciones locales en proporción al gasto realizado el año anterior.

La lógica de la medida consistía en asegurar el equilibrio obligatorio de los presupuestos provisionales de dichas entidades mediante transferencias de recursos del erario financiadas, de hecho, por el Estado, que así acababa pagando en forma de reembolso la diferencia entre los gastos corrientes y los ingresos propios de los

municipios.<sup>63</sup> Desde entonces entró en vigor un «sistema negativo», que preveía una agencia única y centralizada para los ingresos y alrededor de treinta mil agencias autónomas para los gastos (municipios, provincias, regiones, consorcios, hospitales, unidades sanitarias, comunidades de montaña, entidades de la seguridad social, etc.), descentralizadas y exentas de cualquier responsabilidad en cuanto a sus ingresos. Se ha observado que con los *Decretos Stammati*, de hecho, eran «castigados los administradores honestos y parsimoniosos que mantenían sus presupuestos en equilibrio, mientras que se premiaba a los administradores imprudentes y derrochadores». Carlo Donat-Cattin demostró que, gracias a los *Decretos Stammati*, «los ciudadanos de Como, dado que su municipio tenía el presupuesto en equilibrio, no habían recibido ni una lira por parte del Estado, mientras que los de Reggio Emilia y Bolonia habían obtenido, y habrían seguido obteniendo, respectivamente 412 y 650 mil liras per cápita».<sup>64</sup>

La descentralización y la «democratización» de los gastos constituyeron asimismo los aspectos institucionales destacados de la reorganización del sistema nacional de sanidad (Ley 833/18), que suprimió el principio mutualista (expresión tradicional del principio de subsidiariedad), introduciendo en su lugar un sistema centralizado de repartición de los recursos entre las diferentes Unidades Sanitarias Locales (USL) que respetaba criterios sustancialmente políticos: de hecho las USL eran organismos nombrados principalmente por las asambleas electivas locales y, por lo tanto, expresivas de las relaciones de fuerza y de intercambio recíproco tanto entre los partidos políticos, como entre los partidos y sus clientelas políticas.<sup>65</sup>

### Conclusiones

De esta breve reconstrucción, podemos concluir que el desarrollo de la estrategia del compromiso histórico y la plataforma del eurocomunismo resultaban elementos cada día más

desconectados e incoherentes de un proyecto esencialmente «autárquico» de reconfiguración del «vínculo externo» nacional.<sup>66</sup> Esto permitía al PCI esquivar parcialmente el problema de las alianzas internacionales (pero era un problema ineludible, que de hecho volvió a presentarse con las mismas ambigüedades de siempre después de 1979 con la «crisis de los euromisiles»)<sup>67</sup> actuando en la vertiente paralela del gasto público, en el intento de desenganchar al país de los vínculos de solidaridad macroeconómica derivados de su participación en una comunidad de Estados comprometida en armonizar las políticas de desarrollo y de protección social con los imperativos generados por la revolución financiera que había seguido al fin del sistema de Bretton Woods.

Y no fue una casualidad que, en 1979, el PCI votase también en contra de la creación del Sistema Monetario Europeo (SME), que representaba un paso fundamental hacia el desarrollo de acuerdos regionales dentro del sistema monetario internacional y también el primer intento serio de los países de la Europa comunitaria de diferenciarse de las políticas de EE UU, consideradas «irresponsables». Esto demostraba una vez más que la concepción de Europa del PCI y, por lo tanto, el núcleo de su eurocomunismo, eran ajenos y fundamentalmente antitéticos con la idea de un fortalecimiento de la integración en el marco general de la economía de mercado y en el marco, más específico, relacionado con la exigencia de una mayor armonización de las tradicionales políticas reformistas de ayuda a la ciudadanía social con los estrictos vínculos de presupuesto impuestos por la «crisis fiscal» del Estado y por la transición a la economía globalizada del siglo XXI.

Traducción: Luis Hernando y Emanuele Treglia

## NOTAS

<sup>1</sup> BARBAGALLO, Francesco, *Berlinguer*, Roma, Carocci, 2006; FIORI, Giuseppe, *Vita di Enrico Berlinguer*, Roma, Laterza, 1992. Véanse también las siguientes memorias y diarios: BARCA, Luciano, *Cronache dall'interno del vertice*

*del Pci*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2005; Id., *L'eresia di Berlinguer: un programma fondamentale non scritto*, Siena, Sisifo, 1992; MINUCCI, Adalberto, *L'ultima sfida: crisi della democrazia e crisi dei comunisti italiani*, Siena, Sisifo, 1992.

<sup>2</sup> VACCA, Giuseppe, *Vent'anni dopo. La sinistra fra mutamenti e revisioni*, Turín, Einaudi, 1997; GUALTIERI, Roberto, «Il riformismo difficile. Appunti sulla crisi del Pci e la nascita del Pds», *Nuovi Argomenti*, abril-junio 1999; Id., *L'Italia dal 1943 al 1992. Dc e Pci nella storia della Repubblica*, Roma, Carocci, 2006; PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006; CRAVERI, Piero, «L'ultimo Berlinguer e la questione socialista», en Id., *La democrazia incompiuta. Figure del '900 italiano*, Venecia, Marsilio, 2002; DE ANGELIS, Alessandro, *I comunisti e il partito. Dal «partito nuovo» alla svolta dell'89*, Roma, Carocci, 2002. Ver También: FASSINO, Piero, *Per passione*, Milán, Rizzoli, 2003; MACALUSO, Emanuele, *Cinquant'anni nel Pci*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003; NAPOLITANO, Giorgio, *Dal Pci al socialismo europeo. Un'autobiografia politica*, Roma, Laterza, 2008.

<sup>3</sup> ASSMAN, Jan, *La memoria culturale. Scrittura, ricordo e identità politica nelle grandi civiltà antiche*, Turín, Einaudi, 1997. El análisis de la persistencia de este fondo antropológico-cultural está hoy bastante presente en la investigación histórica, como demuestran varios trabajos recientes: POSIERI, Andrea, *Il peso del passato*, Bologna, il Mulino, 2007; KERTZER, David, *Politics and Symbols: The Italian Communist Party and the Fall of Communism*, Londres, New Haven, 1996. Véase también: DORMAGEN, Jean Yves *I comunisti: dal Pci alla nascita di Rifondazione comunista: una semiologia politica*, Roma, Koinè, 1996. La dimensión antropológica del comunismo ha desempeñado siempre un papel central en la reflexión del grupo de investigadores colaboradores de la revista *Communisme*. Sobre el valor de la experiencia comunitaria en la tradición política del PCI: GUIISO, Andrea, *La colomba e la spada. «Lotta per la pace» e antiamericanismo nella politica del Pci (1949-1954)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2007; ANDREUCCI, Franco, *Falce e martello. Identità e linguaggi dei comunisti italiani fra stalinismo e guerra fredda*, Bologna, Bologna University Press, 2005; BELLASSAI, Sandro, *La morale comunista. Pubblico e privato nella rappresentazione del Pci (1947-1956)*, Roma, Carocci, 2000; BOARELLI, Mauro, *La fabbrica del passato: autobiografie di militanti comunisti (1945-1956)*, Milán, Feltrinelli, 2007; FLORES, Marcello, GORI, Francesca (eds.), *Il mito dell'Urss: la cultura occidentale e l'Unione Sovietica*, Milán, Franco Angeli, 1990; MARIUZZO, Andrea, *Divergenze parallele: comunismo e anticomunismo alle origini del linguaggio politico dell'Italia repubblicana (1945-1953)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2010.

<sup>4</sup> Para dos interpretaciones diferentes del nexo «nacional-internacional»: GUALTIERI, Roberto (ed.), *Il Pci nell'Italia repubblicana*, Roma, Carocci, 2001; AGA ROSSI, Elena, QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *L'altra faccia della luna. I rapporti tra PCI, PCF e Unione Sovietica*, Bologna, il Mulino, 1997.

<sup>5</sup> Una preferente atención a la dimensión internacional del eurocomunismo en PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006; VARSORI, Antonio, *La cenerentola d'Europa? L'Italia e l'integrazione europea dal 1947*

- ad oggi, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2010; LOMELLINI, Valentine, «The failed myth of détente: the sunset of Eurocommunism at the dawn of the Second Cold War», en CALANDRI, Elena, CAVIGLIA, Davide, VARSORI, Antonio (eds.), *The Mediterranean and Southern Europe: crisis and transformation from détente to the Second Cold War*, Nueva York, Tauris, 2012 (en prensa). Prevalente atención a la política interna en BARBAGALLO, Francesco, cit. Importantes excepciones son los trabajos de FLORES, Marcello, GALLERANO, Nicola, *Sul Pci. Un'interpretazione storica*, Bologna, il Mulino, 2002; LAZAR, Marc, *Maisons Rouges: les partis communistes français et italien de la Liberation à nos jours*, Paris, Aubier, 1992; GUALTIERI, Roberto, *L'Italia dal 1943 al 1992...*, cit.
- <sup>6</sup> PONS, Silvio, «L'Urss e il Pci nel sistema internazionale della guerra fredda», en GUALTIERI, Roberto (ed.), *Il Pci nell'Italia repubblicana*, cit.
- <sup>7</sup> PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.
- <sup>8</sup> AA.VV., *Giorgio Amendola, comunista riformista*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2001; CERCHIA, Giovanni, *Giorgio Amendola: gli anni della Repubblica, 1945-1980*, Turin, Cerna-bona, 2009.
- <sup>9</sup> GLENN GRAY, William, «Floating the System: Germany, the United States, and the Breakdown of Bretton Woods, 1969-1973», *Diplomatic History*, XXXI, 2007, pp. 295-323; Sobre la evolución política e ideológica de Europa en la «larga posguerra»: JUDT, Tony, *Dopoguerra. Come è cambiata l'Europa dal 1945 a oggi*, Milán, Mondadori, 2007; MAIER, Charles, «I fondamenti politici del dopoguerra» y MILWARD, Alan, «L'Europa in formazione», ambos en AA.VV., *Storia d'Europa*, vol. 1, *L'Europa oggi*, Turin, Einaudi, 1993.
- <sup>10</sup> BOSSUAT, Gérard (ed.), *L'Europe et la mondialisation*, Paris, Soleb, 2007.
- <sup>11</sup> LUDLOW, Piers (ed.), *European Integration and the Cold War: Ostpolitik-Westpolitik, 1965-1973*, Londres, Routledge, 2007; VARSORI, Antonio (ed.), *Alle origini del presente: l'Europa occidentale nella crisi degli anni Settanta*, Milán, Franco Angeli, 2007.
- <sup>12</sup> Para una reconstrucción de estas dinámicas políticas: CRAVERI, Piero, *La Repubblica dal 1958 al 1992*, Turin, Utet, 1995.
- <sup>13</sup> Che infatti il Pci non ebbe difficoltà ad accettare sul piano declaratorio.
- <sup>14</sup> MAGGIORANI, Mauro, *L'Europa degli altri: comunisti italiani e integrazione europea, 1957-1969*, Roma, Carocci, 1998; MAGGIORANI, Mauro, FERRARI, Paolo (eds.), *L'Europa da Togliatti a Berlinguer. Testimonianze e documenti 1945-1984*, Bologna, il Mulino, 2005.
- <sup>15</sup> COLUCCI, Michele, *Lavoro in movimento: l'emigrazione italiana in Europa 1945-1957*, Roma, Donzelli, 2008.
- <sup>16</sup> GUIISO, Andrea, «Silvio Leonardi», en AA.VV., *Dizionario dell'integrazione europea*, Soveria Mannelli, Rubbettino (en prensa).
- <sup>17</sup> CERCHIA, Giovanni, cit.
- <sup>18</sup> PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.
- <sup>19</sup> *Riunione del 30 marzo 1965*, Istituto Gramsci di Roma-Archivio del Partito Comunista Italiano (IGR-APCI), Direzione..
- <sup>20</sup> GUIISO, Andrea, «L'Europa e l'alleanza atlantica nella politica internazionale del Pci degli anni '50 e '60. Tra lealtà sovranazionale e collocazione reale», en CRAVERI, Piero, QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *Atlantismo ed europeismo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003.
- <sup>21</sup> GAVIN, Francis, *Gold, Dollars and Power. The Politics of International Monetary Relations, 1958-1971*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003; KUNZ, Diane, *Butter and Guns. America's Cold War Economic Diplomacy*, Nueva York, Free Press, 1997.
- <sup>22</sup> GIOVAGNOLI, Agostino, PONS, Silvio (eds.), *Tra guerra fredda e distensione*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003. Sobre la «Ostpolitik» italiana véase BAGNATO, Bruna, *Prove di Ostpolitik: politica ed economia nella strategia italiana verso l'Unione Sovietica 1958-1963*, Florencia, Olschki, 2003. Sobre la política del Vaticano hacia los países del este, véase BARBERINI, Giovanni, *L'Ostpolitik della Santa Sede. Un dialogo lungo e faticoso*, Bologna, il Mulino, 2007.
- <sup>23</sup> *Delegazione del Pci in Vietnam*, 5-12 diciembre 1966, IGR-APCI, Fondo Berlinguer, Movimento Operaio Internazionale u.a. 30.2.
- <sup>24</sup> Sobre la política internacional del PCI hacia el área africano y del Mediterráneo: BORRUSO, Paolo, *I comunisti italiani e la decolonizzazione africana, 1956-89*, Milán, Educatt, 2009; RICCARDI, Luca, *Il problema Israele: diplomazia italiana e PCI di fronte allo Stato ebraico, 1948-1973*, Milán, Guerini, 2006.
- <sup>25</sup> Sobre el tema de la guerra y de la paz en la cultura política del PCI: GUIISO, Andrea, *La colomba e la spada. «Lotta per la pace» e antiamericanismo nella politica del Pci (1949-1954)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2006.
- <sup>26</sup> Era el título de un artículo publicado al comienzo de los ochenta por la revista católica *Il Segno*, en el contexto de las movilizaciones pacifistas y transversales contra la instalación de los misiles crucero y Pershing: *Il Segno*, 28, 1981.
- <sup>27</sup> BRACKE, Maude, *Which Socialism, Whose Détente? West European Communism and the 1968 Czechoslovakian Crisis*, Budapest-Nueva York, 2007. Véase también: HÖBEL, Alexander, «Il Pci, il '68 cecoslovacco e il rapporto col Pcus», *Studi storici*, 4, 2001.
- <sup>28</sup> PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.; ZUBOK, Vladislav, *A Failed Empire: the Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, The University of North Carolina Press, 2008.
- <sup>29</sup> GRAZIOSI, Andrea, *L'Urss dal trionfo al degrado*, Bologna, il Mulino, 2008.
- <sup>30</sup> Véanse las notas y apuntes reservados del secretario y consejero de Berlinguer Antonio TATÒ en su *Caro Berlinguer*, Turin, Einaudi, 2003.
- <sup>31</sup> DEL NOCE, Augusto, *L'Eurocomunismo e l'Italia*, Roma, Editrice Europa Informazioni, 1976.
- <sup>32</sup> PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.
- <sup>33</sup> TATÒ, Antonio, *Caro Berlinguer*, cit. Véanse a este propósito las observaciones de Piero CRAVERI en «L'ultimo Berlinguer e la questione socialista», en Id., *La democrazia incompiuta. Figure del '900 italiano*, Venecia, Marsilio, 2002.
- <sup>34</sup> ROMERO, Federico, *Storia della guerra fredda. L'ultimo conflitto per l'Europa*, Turin, Einaudi, 2009.



- <sup>35</sup> LOTH, Wilfried, HENRY-SOUTOU, Georges (eds.), *The Making of Détente: Eastern and Western Europe in the Cold War, 1965-75*, Londres, Routledge, 2008.
- <sup>36</sup> ARENDT, Hannah, *Che cos'è la politica?*, Milán, Edizioni di Comunità, 2001.
- <sup>37</sup> Sobre el pacifismo italiano véase MARTELLINI, Amoreno, *Fiori nei cannoni: non-violenza e antimilitarismo nell'Italia del Novecento*, Roma, Donzelli, 2006.
- <sup>38</sup> BROGI, Alessandro, *Confronting America: The Cold War Between the United States and the Communists in France and Italy*, The University of North Carolina Press, 2011. Sobre el antiamericanismo, ver las consideraciones histórico-metodológicas de David ELLWOOD, «Gli antiamericanismi in Europa nel Novecento: fasi e temi», en CRAVERI, Piero, QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2004.
- <sup>39</sup> Véanse las memorias de KOESTLER, Arthur, *La escritura invisible*, Buenos Aires, Emecé, 1955.
- <sup>40</sup> Sobre este punto convergen las interpretaciones de PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit. y VARSORI, Antonio, *La cenerentola d'Europa?...*, cit.
- <sup>41</sup> Sobre las implicaciones del nexo entre distensión y Ostpolitik: LOTH, Wilfried, *Overcoming the Cold War. A History of Détente*, Nueva York, Palgrave, 2001; WILKENS, Andreas, «New Ostpolitik and European Integration. Concept and Policies in the Brandt Era», en LUDLOW, Piers (ed.), cit.
- <sup>42</sup> IKENBERRY, John, *After Victory. Institutions, Strategic Restraints and the Rebuilding of Order After Major Wars*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- <sup>43</sup> VARSORI, Antonio, «Puerto Rico (1976): le potenze occidentali e il problema comunista in Italia», *Ventesimo Secolo*, 16, 2008, pp. 89-121.
- <sup>44</sup> GUALTIERI, Roberto, «Il riformismo difficile. Appunti sulla crisi del Pci e la nascita del Pds», cit.; VACCA, Giuseppe, *Vent'anni dopo...*, cit.
- <sup>45</sup> Sobre el clima cultural y político de los años de la contestación: MARWICK, Arthur, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and United States, 1958-1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- <sup>46</sup> PINTO, Carmine, *Il riformismo possibile. La grande stagione delle riforme: utopie, speranze, realtà (1945-1964)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2008.
- <sup>47</sup> CRAVERI, Piero, *La Repubblica dal 1958 al 1992*, cit.
- <sup>48</sup> Para una buena lectura histórico-política de la relación entre PCI y sistema «consociacional»: GOZZINI, Giovanni, «Il PCI nel sistema politico della repubblica», en GUALTIERI, Roberto (ed.), *Il Pci nell'Italia repubblicana*, Roma, Carocci, 2001.
- <sup>49</sup> Esta variante se parecía al modelo «kelseniano» de democracia organizada y consensual que, en la Italia de la Guerra Fría, había estado en función de la inserción gradual y empírica del PCI en los circuitos de la toma de decisiones públicas. Un modelo que, desde la etapa constituyente, ascendía implícitamente los partidos a verdaderos órganos «constitucionales» participantes en la formación de la voluntad del Estado. Los roles parlamentarios llegaban a tener así una importancia secundaria respecto a la amplia
- convergencia que se tenía que buscar en el ámbito de los contenidos programáticos y del proceso legislativo. Véase SCOPPOLA, Pietro, *La repubblica dei partiti*, Bolonia, il Mulino, 1991.
- <sup>50</sup> Escenarios en los que se hacía necesario juntar los esfuerzos, más allá de las inevitables controversias entre Estados empeñados en defender cada uno sus intereses particulares, para armonizar los fundamentos macroeconómicos nacionales, redefinir las políticas de los presupuestos estatales, fijar los niveles de las deudas estatales, reformular las reglas de la competitividad internacional entre las grandes áreas económicas. Véase: JAMES, Harold, *Rambouillet, 15 novembre 1975. La globalizzazione dell'economia*, Bolonia, il Mulino, 1999.
- <sup>51</sup> PCI, *Proposta di programma a medio termine*, Roma, Editori Riuniti, julio de 1977.
- <sup>52</sup> ARE, Giuseppe, *Comunismo, compromesso storico e società italiana*, Lungro di Cosenza, Marco Editore, p. 151.
- <sup>53</sup> ACCAME, Giano, *Una storia della repubblica*, Milán, Rizzoli, 2000.
- <sup>54</sup> RICOSSA, Sergio, *Come si manda in rovina un paese*, Milán, Rizzoli, 1995.
- <sup>55</sup> Era la clásica teoría comunista de la «salida» política según la cual, cuando en una situación en ebullición no se prepara adecuadamente esta salida mediante la inclusión de las fuerzas del progreso en el poder, es posible que la situación encuentre por sí misma una salida ni previsible ni deseable. Véase CAFAGNA, Luciano, «I comunisti e le riforme», en MIELI, Renato (ed.), *Il Pci allo specchio*, Milán, Rizzoli, 1983.
- <sup>56</sup> CAFAGNA, Luciano, «I comunisti e le riforme», cit.
- <sup>57</sup> Reforma de sanidad, escuela pública, vivienda, etc.
- <sup>58</sup> CRAVERI, Piero, *La repubblica dal 1958 al 1992*, cit., p. 746.
- <sup>59</sup> Fue una consecuencia también de la decisión de Gobierno y sindicatos de concluir el acuerdo sobre el punto único de contingencia, y de la ley de junio de 1975, que ampliaba el número de jubilados sin una correspondiente ampliación de la masa contributiva. Véase CARLI, Guido, *Cinquant'anni di vita italiana*, Bari-Roma, Laterza, 1993, pp. 339-340.
- <sup>60</sup> FLORES, Marcello, GALLERANO, Nicola, *Sul Pci...*, cit., p. 243.
- <sup>61</sup> DI GIULIO, Fernando, ROCCO, Emmanuele, *Un ministro ombra si confessa*, Milán, Rizzoli, 1979.
- <sup>62</sup> Esta era la finalidad sobre todo del D.L. 29 dicembre 1977, n° 946, mejor conocido como *Stammati 2*, que más tarde fue convertido en la Legge 27 febbraio 1978, n° 43.
- <sup>63</sup> MARONGIU, Gianni, *Storia dei tributi degli enti locali, 1861-2000*, Padua, CEDAM, 2001.
- <sup>64</sup> GUIISO, Nicola, *Carlo Donat-Cattin. L'anticonformista della sinistra italiana. Intervista a Sandro Fontana*, Venecia, Marsilio, 1999.
- <sup>65</sup> FERRERA, Maurizio, *Il Welfare State in Italia*, Bolonia, il Mulino, 1984.
- <sup>66</sup> CARLI, Guido, *Cinquant'anni di vita italiana...*, cit., p. 342. Ricossa, al margen de un congreso del CESPE (el Centro de Estudios de Política Económica del PCI), anotaba en su diario: «Visión autárquica de [Eugenio] Peggio. No hay que



exportar capitales, porque sustrae recursos al país; tampoco hay que importar capitales, porque nos humilla y nos esclaviza. «Para obtener el préstamo CEE de mil millones de dólares [dijo Peggio], Italia tuvo que comprometerse a una deflación salvaje». No hay que exportar mercancías, porque nos sustrae recursos, como siempre; tampoco hay que importar mercancías, hay que «desarrollar prioritariamente los sectores industriales que tienen un contenido de importaciones menos relevante». Poco antes, Peggio había incitado a los industriales a ayudar los países en vía de desarrollo: claro, pero sin importar sus materias primas y sus productos». Véase RICOSSA, Sergio, cit., pp. 126-127.

<sup>67</sup> Con ocasión de la movilización pacifista contra la instalación de los misiles crucero y Pershing, el PCI se comprometió activamente en la organización de la protesta y en el desarrollo de una propaganda marcadamente anti-americana. Sin embargo, los debates internos de la dirección del PCI testimonian una división entre los que juzgaban como ya superada la idea de un movimiento pacifista homogéneo y los que, Cossutta *in primis*, defendían la importancia de un pacifismo de propaganda orgánicamente filo-soviética. Véase IGR-APCI, Direzione, 13 y 30 de diciembre de 1981. Sobre la organización comunista de la lucha por la paz en aquella etapa: IGR-APCI, Sezioni di lavoro, 1983, mf. 0556, 1909-1919. Para un análisis de los movimientos pacifistas durante los ochenta: SALIO, G., «Il movimento per la pace in Italia», en Istituto Italiano di Ricerche sulla Pace (IPRI), *I movimenti per la pace. Vol. II: Gli attori principali*, Turín, Edizioni del Gruppo Abele, 1986; LODI, Giovanni, *Uniti e diversi. Le mobilitazioni per la pace degli anni Ottanta*, Milán, Unicopli, 1984; DIODATO, Roberto, *Pacifismo*, Milán, Bibliografica, 1995; ISERNIA, Pierangelo, «Le mobilitazioni per la pace negli anni Ottanta: precondizioni, caratteristiche ed effetti», en CORTESI, Luigi (ed.), *Democrazia, rischio nucleare, movimenti per la pace*, Nápoles, Liguori, 1989

